

Siempre juntos

Elisa y Carlos se conocían desde la infancia, llegó la adolescencia y las mariposas revoloteaban en sus estómagos, luego de unos años de noviazgo contrajeron matrimonio, al año tuvieron su primer hijo al que llamaron Francisco. Siempre gustaban de estar al aire libre, de hecho, cuando su hijo apenas tenía año y medio, se hicieron una carpa de mezclilla, material que se consiguieron en una planta textil, como los vieron jóvenes y entusiastas les regalaron la tela.

Así, en la playa de Penco, octava región, estrenaron con orgullo su anhelada carpa, mientras su hijo se afirmaba en una gran pelota de goma. A los dos años y medio llegó Paulina, para agrandar la familia, eso jamás les quitó las ganas de salir cada año y darles a sus hijos esos recuerdos memorables en un ambiente sano y limpio.

Hasta que sus hijos tuvieron 12 y 15 años respectivamente, se mantuvieron acampando todos los veranos en la hermosa playa de Colcura, de arenas blancas y finas, se unió a la aventura María, hermana de Elisa con sus dos hijos, Vivian y Daniel, era un lugar seguro, de olas suaves, poco profunda, sólo existían ellos, una casa con un matrimonio mayor extranjero, el cual les daba agua potable diariamente, claro, que ellos pagaban por esa agua y no muy lejos las casas de los pescadores, de la cual venía una niña cada mañana a dejarles pan amasado, se llamaba Myriam, tenía 14 años y jugaba en la tarde con los hijos y sobrinos de Elisa y Carlos.

Cuando Paulina cumplió 15 años, cambiaron la playa por el campo, un recinto que compró la empresa donde trabajaba Carlos, estaba pasado el puente siete, camino a Florida, al principio, los sitios de camping estaban delimitados por unos

delgados troncos, al año siguiente comenzaron a construir una gran piscina. En esa época los padres aún eran jóvenes, no más de cuarenta años, disfrutaban estar juntos, contar historias al lado de una fogata, caminar por el campo bajo luna llena, Carlos era dado para asustar a los chicos narrando historias del pájaro tue tue que contaban sus antepasados en los terrenos del antaño Huarilhue, después no se atrevían a ir solos al baño con una linterna. El lema de la familia era decir “Siempre juntos”, los niños tuvieron una niñez y adolescencia llena de hermosos recuerdos.

Cada cuatro días Carlos viajaba a Concepción en su moto negra de mil cilindradas, a revisar su casa y de paso a ver la de María, siempre regresaba con dulces y algún kuchen. Elisa iba a esperarlo cada vez al puente siete, del recinto al puente había quinientos metros aproximadamente, como ya estaba atardeciendo y con el sol directo en los ojos, Elisa sintió que caía en una zanja, pero logró incorporarse, por otro lado, Carlos, que gustaba de la velocidad, en una curva cerrada del puente cuatro su moto derrapó varios metros, se movía de un lado hacia otro hasta que logró controlarla, años antes ya había tenido un accidente en ese mismo lugar y pensó: Algún día esa curva me va a matar.

Elisa vio acercarse a Carlos y le hizo señas con su brazo derecho con una gran sonrisa, se dieron un beso y dijeron, vamos donde los chicos, Elisa, una vez en la moto, abrazó a su esposo por la espalda y dijo: Siempre juntos.

Ninguno se había percatado de lo sucedido, el cuerpo de Carlos yacía en la curva del puente cuatro y el de Elisa en la zanja destustuzada.